

# La conexión con lo público

## Democracia, comunicación y vida cotidiana.

María Graciela Rodríguez\*

**Resumen:** Este trabajo enlaza dos preocupaciones centrales provenientes de los estudios de comunicación y cultura: la pregunta por el rol de los medios de comunicación en los procesos políticos contemporáneos, particularmente en la producción de subjetividades políticas de sus lectores/audiencia; la preocupación respecto del creciente desplazamiento discursivo producido en torno a lo político desde los partidos a las superficies mediáticas, con la correspondiente dependencia, negociación y/o lisa sumisión en la comunicación de sus proyectos a la ciudadanía. Para ello, presenta una revisión crítica de los alcances y los límites de una investigación liderada por Nick Couldry dedicada a explorar empíricamente los modos en que 'lo público' conecta con la vida cotidiana de las personas comunes. Los resultados de esta lectura serán expuestos aquí, con la pretensión añadida de señalar la necesidad de descolonizar el saber regional sobre la intersección entre democracia, medios de comunicación y vida cotidiana.

**Palabras clave:** medios de comunicación, lo público, vida cotidiana, descolonización.

**Abstract:** This article embraces two central concerns related to the Communications and Culture Studies: firstly the question about the role placed by media in contemporary political processes, particularly in the production of political subjectivities of their audiences; and secondly the concern on the increasingly displacement of the political discourse from political parties to media with the correspondent dependence, negotiation or simple submission in communicating their projects to the citizens. In doing that this article presents a critical revision of the limits and the scopes of a research led by Nick Couldry devoted to empirically explore the ways 'the public' connects with common people's everyday life. The outcomes of that critical revision will be set out here with the added intention of pointing out the need of de-colonize the regional knowledge on the overlapping of democracy, media and everyday life.

**Key words:** media, public, everyday life, de-colonization.

*Para Caro*

*Es tiempo de aprender a liberarnos del espejo eurocéntrico donde nuestra imagen es siempre, necesariamente, distorsionada. Es tiempo, en fin, de dejar de ser lo que no somos.*

*Anibal Quijano*

ESTE ARTÍCULO TIENE UNA “ARMADURA” COMPLEJA. Requiere enlazar dos preocupaciones centrales que considero cruciales para pensar los procesos democráticos en Latinoamérica, pero que a la vez no focalizan centralmente en los análisis electorales, si bien los atraviesan. Las preocupaciones que pretendo enlazar provienen del campo de los estudios de comunicación y cultura y articulan, por un lado, la pregunta sobre el rol de los medios de comunicación en los procesos políticos contemporáneos, particularmente en la producción de subjetividades políticas en quienes son sus lectores/audiencia, y, por el otro, la preocupación respecto del creciente desplazamiento discursivo producido en torno a lo político desde los partidos a las superficies mediáticas, con la correspondiente dependencia, negociación y/o lisa sumisión en la comunicación de sus proyectos a la ciudadanía.

Los estudios en comunicación y cultura, y los latinoamericanos en particular, han estado desde sus inicios preocupados por la relación entre democracia, medios de comunicación y vida cotidiana. Si bien desde diferentes perspectivas, y aún con “saltos” críticos, el campo de las teorías y de los estudios sobre los medios masivos de comunicación ha sido y es, como afirma Schmucler, “la historia de cómo fueron observados e interpretados los efectos de esos medios. Es el relato de diversas respuestas a una pregunta incesante: qué hace la ‘comunicación masiva’ en el mundo y con el mundo. En rigor, y a pesar de los fundados ataques lanzados contra algunas ideas que los analizaban, el tema de los efectos nunca fue abandonado” (1997: 115).<sup>1</sup>

¿Cómo pensar el tema de los ‘efectos’ en el contexto de la profunda transformación producida en el campo de la teoría social? ¿De qué modos abordar viejas preguntas en el marco de los nuevos horizontes analíticos y comprensivos de las ciencias sociales? ¿Cómo dar cuenta del ‘efecto’ de los medios sin pronunciar la palabra ‘efectos’, tan degradada en el campo de la comunicación? ¿Cómo entender los modos en que los sujetos experimentan y

dan forma a prácticas democráticas? En América Latina la relación entre democracia, vida cotidiana y medios de comunicación es un tema muchas veces declamado, incluso con aspavientos, pero escasamente investigado a través de indagaciones empíricas concretas.<sup>2</sup>

Preocupa este doble discurso. Postula grandes e importantes vínculos entre los medios de comunicación, las personas ‘comunes’ y las prácticas ciudadanas, y a la vez por alguna razón no termina de encarar proyectos que se dediquen a discernir de qué están hechos esos lazos, si es que hay alguno –personalmente creo que sí–. No obstante, el desafío de hacerlo es grande, requiere ser muy cuidadoso para encontrar el punto justo de adecuación entre la pregunta concreta de investigación, las herramientas de recolección de datos y la interpretación analítica de los mismos.

Existen diversos trabajos que plantean estas relaciones y que reflexionan sobre ellas. Precisamente, una investigación sobre este tema me salió al paso en el marco de mi estadía realizada en la Universidad de Glasgow.<sup>3</sup> Se trata, concretamente, de un estudio que pone en relación la intersección entre democracia, medios de comunicación y vida cotidiana, liderado por Nick Couldry.<sup>4</sup> Una de las preocupaciones centrales de Couldry es pensar los modos en que ‘lo público’ conecta con la vida cotidiana de las personas comunes, asumiendo que en esa conexión con lo público los medios ocupan un lugar central. Tuve curiosidad por conocer el diseño del proyecto, así como sus resultados, y sobre todo las interpretaciones y las reflexiones anexas. Me dediqué entonces a revisar ese trabajo, explorando, de paso, otras aproximaciones sobre el tema en cuestión.

Los resultados de esas lecturas son los que quiero compartir en este artículo, donde me interesa justamente poner en consideración los planteos de Couldry y sus colaboradores en relación con la investigación concreta que llevaron a cabo bajo esas premisas; así como revisar algunos de los argumentos que andamian tanto sus fundamentos como las conclusiones, incluso en la convicción de que su propuesta necesitaría ser revisada y acaso sofisticada. El objetivo, que deviene de una tercera preocupación, es mostrar simultáneamente, en ese trayecto, la necesidad de desembarazarnos de cierto efecto de deslumbramiento que muchas veces provocan investigaciones provenientes de los núcleos de investigación centrales (realizadas, además, con importante financiamiento y apoyo logístico), y reflexionar acerca del papel que la academia local debe asumir para



mantener la construcción de conocimiento en nuestros países. En el marco de las postulaciones respecto de una necesaria descolonización del saber, considero que es también imprescindible descolonizar los vínculos que acaso todavía nos atan a los análisis provenientes de los centros mundiales de circulación académica. Considero en parte que no se trata de escasez de trabajos dedicados al tema en la región, sino de una incompleta integración dialógica entre los estudios realizados, lo cual exige la conformación de un lenguaje común, así como la constitución de una red de interlocución descolonizada del saber centralizado, y confiada de la producción local de conocimiento.

Para ello, y advertida de la complejidad de la armadura propuesta, en primer lugar doy cuenta de las revisiones teóricas que les sirven de andamiaje al proyecto liderado por Couldry y a las premisas sobre las que se apoya; luego describo el diseño de investigación para desarmar algunos nudos críticos que, en mi opinión, obturan las posibilidades analíticas; finalmente, retomo las cuestiones de los estudios locales que ponen en relación la vida cotidiana, la política y los medios.

## Voces y mediaciones

Con el interés de discernir el papel que tienen los medios de comunicación en los modos concretos en que lo público conecta con la vida cotidiana de las personas comunes, Couldry comienza expresando su posición no determinista respecto de esta relación. Sostiene tempranamente dos afirmaciones, que si bien a esta altura ya forman parte del sentido común, parecerían necesitar aún un subrayado. Por un lado, afirma que la relación entre medios de comunicación, ciudadanía y vida cotidiana no es lineal, ni mecánica, ni unidireccional, sino que los medios trabajan en la intersección de muchos otros discursos, textos y experiencias que se dan en espacios no mediáticos; por el otro, precisamente, dice que en la conexión con lo público los medios no son los únicos en cumplir un papel relevante, sino que, por el contrario, esta conexión se procesa básicamente en la vida cotidiana. No obstante, el hecho de que es precisamente en la vida cotidiana donde están insertos los medios de comunicación, los define como una presencia ubicua, rutinaria y constante.<sup>5</sup> Redundando en afirmaciones ya consolidadas en el campo de la comunicación, particularmente en el de los estudios de medios, Couldry

sostiene que, en todo caso, lo más que se puede (volver a) decir, es que los medios proveen tópicos, narrativas e incluso gramáticas para ese procesamiento.

En los planteamientos iniciales de sus argumentos, Couldry completa esta visión no determinista sobre los medios con la advertencia de evadir hipótesis causales, criterio que, no obstante, es descuidado en las conclusiones, donde reaparece un “resto” (como la borra del café o del té) que la contradice.

Con el desafiante objetivo entonces de poner en relación vida cotidiana, democracia y medios de comunicación, Couldry reflexiona sobre las condiciones culturales que hacen posible la vida en sociedad, aquellas que la enmarcan, la alimentan, la restringen, o señalan ausencias, y se “asoma” a su pregunta habiendo realizado varios planteos de corte teórico. De éstos, interesan especialmente dos, porque luego se verán tensionados en el atravesamiento empírico: la revisión crítica de lo que podría denominarse “la política de las voces”; la reflexión sobre las diferencias y alcances conceptuales de las categorías de *mediatización* y de *mediación*.

En relación con la administración de las voces, Couldry despliega un imponente aparataje conceptual<sup>6</sup> para dar cuenta de una mirada crítica sobre algunos estudios sobre cultura y comunicación que celebran la aparición de una diversidad de voces en el espacio público. Sostiene que esta celebración, que se caracteriza por poner de relieve el tándem que vincula la reivindicación de un grupo de “hacer oír su propia voz”, con la obtención de visibilidad, desestima en su afán celebratorio el riesgo de convertir la aparición de voces-otras en un mero eslogan neoliberal (su calificador). Un riesgo al que ya había hecho referencia tempranamente Hall (1992)<sup>7</sup> cuando advertía sobre la posibilidad, ciertamente paradójica, de que una mayor cantidad de representaciones de alteridades en los bienes de la cultura no signifique más que un remedo de diversidad cultural, banal, sin bases políticas que modifiquen en lo concreto la administración del poder y de los recursos.

El planteo teórico de Couldry sostiene, precisamente, que una verdadera política de voces requiere que el “hablar la propia voz” sea colocada en extensiva articulación con alguna política de “escuchar todas las voces”. En este argumento, escuchar implica más que la obiedad de un acto “biológico”: abarca uno de reconocimiento social. Como parte inclusiva de una política de voces, escuchar requiere no sólo atender a lo que otros tienen para decir, sino, además, articular esas historias con la

propia. Apuesta, así, a reivindicar la capacidad de todos los sujetos de dar cuenta de sus vidas, cada uno con su historia, “con relatos que necesitan ser registrados y escuchados; indefinidamente enredados con las historias de otros” (2009: 580).<sup>8</sup> Por eso mismo, afirma, los reclamos de tomar la voz serán siempre incompletos, y hasta contradictorios, si no se acompañan de políticas de escucha y reconocimiento que, sugiere, han sido desatendidas en desmedro de las tendencias liberales a dar la voz, orientadas por puras razones de mercado. En ese sentido, Couldry entiende por “voz” necesariamente un valor de segundo orden encarnado en el doble proceso, inseparable, de hablar y de escuchar, lo que implica el mutuo reconocimiento de cada uno de los seres humanos como agentes reflexivos con derecho a formar parte de la historia común, y en diálogo con otros.

El otro planteo que resulta interesante es el que se vincula con las diferencias conceptuales entre mediación y mediatización. En una línea similar a la de Schmucler, Couldry sostiene que “desde que Lazarsfeld y Merton (1969 [1948]) identificaron la primera y más importante pregunta sobre los ‘efectos de los medios’ como el ‘efecto’ de las instituciones mediáticas como tales, los académicos han desarrollado distintas respuestas a estos interrogantes clásicos dentro de una variedad de paradigmas metodológicos” (Couldry, 2008:374). Dentro de esta variedad toma dos conceptos, el de mediatización y el de mediación, para reflexionar sobre la relevancia de uno u otro en un estudio concreto que lleva a cabo sobre las prácticas de escritura posibilitadas actualmente por los entornos digitales. El esfuerzo es válido.

Revisando desarrollos teóricos y sintetizando estos aportes, entiende por mediatización a una lógica particular a través de la cual se producen transformaciones distintivas en objetos y/o campos, que es parte de un proceso social y cultural mayor, y que no sólo cambia aquello que es representado sino también los propios mecanismos de representación. De algún modo, aunque no lo dice con estas palabras, la síntesis de su revisión apunta a señalar que el concepto de mediatización es apto para describir procesos socio-técnicos y culturales extendidos; una especie de matriz, de gran ordenamiento perceptivo y organizativo, que envuelve a la sociedad en su conjunto: agentes, instituciones, significaciones. Los individuos, entonces, no son separables del proceso sino que forman parte constitutiva de la mediatización, están atravesados por ella. En ese sentido, Couldry concluye que las teorías de la mediatización tienden en

general a sobrestimar la lógica mediática y por lo tanto a privilegiarla frente a lógicas más antiguas que la de los medios, y/o contemporáneas a ellos, que atraviesan la totalidad del espacio social sin ser reductibles a la lógica mediática.

De ahí que profundice a la vez sobre el concepto de mediación, señalando que si bien el término tiene una larga historia<sup>9</sup> ha jugado un papel relevante en los estudios sobre medios. Couldry sugiere que el concepto de mediación, entendido como un proceso “fundamental y asimétricamente dialéctico en el cual la comunicación mediática institucionalizada [...] interviene en la circulación general de símbolos en la vida social” (Silverstone, 2002:762), permite comprender la complejidad y multiplicidad de un proceso que abarca un espectro de prácticas sociales en el cual los medios son un elemento más. En ese sentido, mientras que mediatización concierne a las consecuencias sistemáticas de los procesos de uniformización, estandarización y homogeneización, reserva el concepto de mediación para englobar a los procesos en los cuales se producen, se ponen en circulación, son interpretados y vueltos a poner en circulación los significados sociales. En esta conceptualización el “factor humano” es caracterizado como agente coproductor, aún con la “carga” de su atravesamiento por la lógica socio-técnica.

No obstante, Couldry necesita hacer una salvedad en este punto, dado que Silverstone llama mediatización a lo que Couldry pretende presentar como mediación. La mediatización, sostiene Silverstone, señala un proceso que se extiende “más allá del punto de contacto entre los textos mediáticos y sus lectores o espectadores. Nos exige suponer que envuelve a productores y consumidores de medios en una actividad más o menos continua de unión y desunión con significados que tienen su fuente o foco en estos textos mediatizados, pero que se extienden a través de la experiencia y se evalúan con referencia a ella en una multitud de maneras diferentes” (Silverstone, 2004:32).<sup>10</sup> En verdad, esta definición oscurece más de lo que aclara en relación con una distinción entre los dos conceptos. A favor de Couldry podría decirse, entonces (y este es su argumento), que considera que la definición que elabora Silverstone es correcta pero que debe ser renombrada, porque “mediación” incluye el “factor humano”, y eso es precisamente lo que Silverstone pretendió hacer con su “mediatización”. Si bien estas dos argumentaciones de Couldry, respecto a la cuestión de las políticas de las voces y de

los conceptos de mediatización y mediación, tienen un interés claramente teórico, presenta a sus elaboraciones como insumos para las preguntas que formula en su investigación. Con un renovado interés por interrogar y tensionar la relación entre medios, democracia y vida cotidiana (e incluso con variados intentos de zureir los argumentos de sus propios planteos), otro tópico además de los brevemente planteados es el relacionado con “la conexión con lo público” (¿acaso una mediación tal como la pensó Martín-Barbero en los 80?). Y el trabajo de investigación sobre el que regresa centralmente es uno realizado a partir, precisamente, de la pregunta por el papel de los medios en la conexión entre lo público y la vida cotidiana.<sup>11</sup>

A continuación describiré sucintamente la investigación sobre la que pivotea Couldry para exponer argumentos y reflexionar críticamente sobre los límites teóricos, dando cuenta, en el transcurso de la descripción, de algunos puntos que considero “zonas arenosas” que se resisten a sus zurcidos argumentativos.

### Diseño e implicaturas analíticas

Después de un rodeo por algunas argumentaciones sobre la esfera pública, las multidimensiones de la “cultura cívica” (Dahlgren, 2003),<sup>12</sup> e incluso de revisar algunos de los aportes de los estudios culturales a las teorías críticas de la desigualdad simbólica, Couldry sensatamente opina que la única manera de ajustar estas cuestiones y poder decir algo sobre la relación entre medios, democracia y vida cotidiana es investigar y dar cuenta concretamente de esas dimensiones. Pero, ¿cómo operativizar los grados de ausencia/presencia de conexión pública? ¿De qué modo discernir los matices de esa conexión en el marco de la relación entre democracia, medios de comunicación y vida cotidiana? ¿Qué de la vida cotidiana observar? ¿El trabajo, el ámbito doméstico, el ocio, los traslados, los encuentros vecinales? ¿Y dónde ubicar a los medios de comunicación? ¿Acaso pueden removerse, pensarse separadamente de su inserción en la vida cotidiana? ¿Y qué tomar de los medios? ¿Los tópicos, los géneros, las retóricas? ¿Y qué elemento discernir dentro de ‘la democracia’? ¿El acto de votar, las deliberaciones, la participación, las tomas de decisiones?

Tres puntos de partida asume Couldry: que la mayoría de las personas dentro de una sociedad comparten una conexión hacia un mundo público, entendido como

el lugar donde los asuntos de interés común circulan; que uno de los pilares de esta conexión son las versiones públicas mediadas de ese mundo en común; y que esto se da a través de un consumo convergente y superpuesto de distintos medios de comunicación. En su perspectiva, la definición de “lo público” comprende al conjunto de temas relacionados con intereses en común, que, en principio necesitan ser discutidos colectivamente porque pertenecen a un mundo de recursos limitados (Couldry y Markham, 2007). La interfase, la conexión entre las personas y lo público, se sostiene, modela las prácticas de ciudadanía; y se señala, más aún, que los grados de ausencia/presencia de conexión pública conformarán precondiciones específicas para los procesos de funcionamiento democrático.

El plan de investigación que diseña Couldry, por lo tanto, pivotea sobre un punto desagregado del modelo de cultura cívica de Dahlgren: la conexión con lo público, entendida como una de esas precondiciones. A su vez, la pregunta que guía su investigación define una zona de indagación que parecería haber sobrevolado muchos de los estudios en comunicación y cultura: ¿cómo pensar el rol de los medios en las prácticas ciudadanas? ¿Cuál es específicamente la actividad de los ciudadanos en relación con los discursos mediáticos? ¿En qué medida, en qué exacta medida más allá de lo opinable, lo deseable o lo posible, los medios contribuyen al procesamiento de las prácticas democráticas? Hay que concederle a esta investigación al menos el interés por saber, por conocer los detalles. Pocos trabajos se dedican a producir información sobre el núcleo duro de estos procesamientos; tal vez se deba al temor a caer en diseños unidireccionales y/o en hipótesis causales; en muchos casos se teme a una crítica –despiadada– de este tenor. En ese sentido, el esfuerzo de Couldry se centra en profundizar en un tipo de saber escasamente producido en el campo de la comunicación y la cultura.

Tres preguntas centrales norlean la investigación: ¿de qué está hecho el mundo público para estas personas?, ¿cómo se conectan con ese mundo público?, ¿cómo los medios sostienen, o no, ese mundo público según su perspectiva? Para ello, diseña un plan de investigación basado en tres herramientas: una indagación cualitativa a través de la escritura de diarios de 37 personas que vuelcan durante tres meses de 2004 impresiones sobre sus consumos de medios; luego, entrevistas a esos diaristas, antes y después de su producción cotidiana, y exploración de opiniones en grupos focales; finalmente, un *survey* nacional

llevado a cabo con una muestra de 1,017 personas donde se obtuvieron datos referidos a consumo de medios, actitudes hacia los medios, la política y las acciones públicas, y también sobre los contextos en que todo esto ocurre (estos resultados son tomados como control).

Los diaristas escriben durante tres meses sus experiencias con los medios, registrando no tanto los consumos en sí sino las maneras en que procesan esos consumos. Concretamente se les pide que cuenten cómo socializan lo que vieron/escucharon/leyeron/buscaron en Internet, en otras instancias de la vida cotidiana, como por ejemplo en las pausas en el trabajo, los encuentros familiares, las charlas informales con amigos, etc. Durante el período de escritura de los diarios, entre febrero y agosto de 2004, el panorama mediático fue dominado por dos tipos de noticias: por un lado, las referidas a las escandalosas revelaciones de la cárcel de Abu-Ghraib, los intercambios entre EUA y Reino Unido acerca de la guerra de Irak, y la explosión de una bomba en Atocha, Madrid; y, por el otro, la noticia sobre un supuesto romance extramatrimonial de David Beckham, el ex jugador de fútbol, que tuvo alta cobertura en los medios. Los investigadores consideran que la convivencia temporal de estos dos tipos de noticias (las primeras tradicionalmente clasificables como ‘políticas’ y la segunda ubicada dentro del mundo de las celebridades) es un ‘factor contextual’ (antes que parte del mismo flujo superpuesto de noticias propio de los medios masivos y populares), que no obstante resulta interesante para reflexionar sobre el grado de conexión con lo público.<sup>13</sup>

Un detalle interesante es que Couldry y Markham señalan la representatividad de los sujetos seleccionados para escribir sus diarios. Más allá de que por supuesto es difícil cuestionar su validez desconociendo la distribución demográfica del Reino Unido, parece haber una tensión no resuelta entre la herramienta cualitativa (escribir un diario) y la necesidad de justificar su representatividad o no. Por ejemplo, sostienen que en la muestra había nueve diaristas no-blancos, lo que si bien “demográficamente implica una sobrerrepresentación es importante para garantizar un espectro de perspectivas en relación con la abrumadora cultura política blanca” (Couldry y Markham, 2007:406). No es necesario ser metodólogo ni experto en la combinación de métodos cuali-cuanti; el simple sentido común permite advertir que los resultados que se obtienen en una herramienta cualitativa, como es el caso de la escritura de un diario,

son valiosos en sí mismos en tanto permiten reconstruir los sentidos que los sujetos le atribuyen a sus prácticas, y no como ‘muestra representativa’ de una totalidad. En este caso la importancia de contar con perspectivas diferentes a la “abrumadora cultura política blanca” a la hora de dar cuenta del consumo de medios, y eventualmente, de su conexión con lo público, podría haber sido tenida en cuenta en las discusiones e intercambios dentro de los grupos focales, pero lamentablemente esto no se destila en los análisis. El reclamo por la representatividad de 37 diarios parece ser, entonces, inconducente. Distinto sería en el diseño del *survey*, pero Couldry y Markham nada señalan sobre las modalidades de reclutamiento de los 1,017 encuestados, con lo cual no sabemos si las cuotas de representatividad fueron respetadas o no (aunque es de suponer que sí), y de qué modo juegan las distintas percepciones en los datos sobre consumos mediáticos.

Si acaso puede sonar banal o poco sustantivo hacer un comentario de este tipo teniendo en cuenta lo dicho más arriba respecto de la necesidad y el valor de hacer este tipo de investigaciones, las implicancias son significativas. De hecho, más adelante, una de las conclusiones que extraen es que para una importante porción de diaristas, constituida generalmente por las personas más jóvenes y por mujeres (entre los 37 diaristas), la “cultura de las celebridades” es un tema central en los medios que consumen y con los que se sienten conectados.<sup>14</sup>

Esta “conclusión” parece requerir apenas un comentario mínimo, al pasar, en relación con el imaginario en el que estas personas, hombres y mujeres, han sido socializadas, el cual históricamente prescribe que hay tópicos más o menos “serios” (la política, lo público, la academia) propios de los varones, y tópicos “menores” (el romance, lo doméstico, o las celebridades sin ir más lejos) que formarían parte del territorio femenino. Más allá de que –afortunadamente– estas ideas se están modificando, las disposiciones de los sujetos, insertas socialmente en sus habitus, siguen haciendo su persistente trabajo. Tanto es así que incluso la propia mirada de estos investigadores, Couldry y Markham, las asumen acríticamente, sin reparar en las condiciones socio-históricas en que los propios consumidores han sido socializados y “culturalizados”.

La conclusión de los autores respecto de que la cultura de las celebridades es considerada por un grupo de diaristas (mujeres y jóvenes) como parte de un mundo al que conectarse, no es “buena” ni “mala” en sí misma. Lo que resulta llamativo es que afirmen que esta particular

conexión es “potencialmente distinta del mundo ‘público’ en el sentido que pretendemos darle al término ‘conexión con lo público’, es decir, un mundo de temas públicos que requieren una resolución colectiva” (*ibid.*:408). En el proceso analítico que conduce a esta afirmación, la definición propia de “lo público” es puesta por delante, desestimando la perspectiva nativa, cuestión que, precisamente, es explicitada abiertamente como auto-advertencia en los primeros tramos del trabajo. En efecto: tempranamente señalan la importancia de no predefinir las respuestas de los diaristas en relación con lo público, y de permitir, por el contrario, que fueran los diaristas quienes establezcan las conexiones con lo que ellos mismos consideran que son los tópicos públicos en disputa.<sup>15</sup>

E incluso llama más aún la atención, porque después de haber enfatizado particularmente que un punto central de la investigación pretende evitar la imposición de un sentido de ‘mundo público’, no advierten que la perspectiva dominocéntrica lo ha reducido al significado que la mirada masculina le ha otorgado (basado tradicionalmente en lo que sería la política). De este modo, desestiman sus propias revisiones teóricas y el gran aparataje conceptual desplegado: son precisamente los procesos de mediación (entendidos por los propios investigadores como procesos en los cuales se producen, se ponen en circulación, son interpretados y vueltos a poner en circulación los significados sociales) los que quedan desenfocados. Si por algún lugar “viajaron” esos sentidos dicotómicos respecto de los temas “serios” y los temas “menores” es, entre otros, por las instituciones que organizan el orden asimétrico y patriarcal de las sociedades modernas; la escuela, los lugares de trabajo, los medios, sólo por poner algunos ejemplos. Pero los devaneos teóricos por esclarecer la diferencia (sutil si bien significativa) entre mediatización y mediación no parecen haber afectado las reflexiones analíticas de los resultados de la investigación.

Algo en el camino salió mal, o se olvidaron de sus propias consideraciones, o expresaron inicialmente una intención que no llegaron a concretar.

## Conectar lo público

Recordemos las tres preguntas de la investigación: ¿de qué está hecho el mundo público para estas personas?, ¿cómo se conectan con ese mundo público? y ¿cómo los medios sostienen, o no, ese mundo público según

su perspectiva? Es evidente que el análisis obstruye la posibilidad de efectivamente conocer qué es lo público para esos diaristas. Y es también evidente que el esquema analítico parte de una predefinición (de “lo público” en este caso) y que se dedica a excluir lo que, según esta definición, cae por fuera de sus límites.

En efecto, tras una serie de revisiones teóricas, deciden definir lo público aceptando la importancia que incluso las ciencias políticas le otorgan a las fronteras entre lo público y lo privado, tanto en términos de espacios como de temáticas. Aún más, indican que precisamente son estas fronteras las que son significativas para dar cuenta de la conexión que los sujetos establecen entre los medios y lo público. Por eso, cuando en este proyecto hablan de “conexión con lo público”, se refieren a aquellos tópicos que necesitan ser discutidos públicamente porque comprometen la administración de recursos finitos o limitados.

No obstante, aun si aceptáramos esta definición de “lo público”, la investigación tampoco se detiene a precisar los alcances de esta concepción, que se tambalea cuando se le hacen preguntas casi ingenuas. Y es que en esa definición anticipada caen muchas cosas, pero no todas las que efectivamente plantean los diaristas (o lo que surge al menos de los ejemplos presentados por los autores). Por ejemplo, las vidas de las celebridades, ¿son recursos limitados sobre los que es necesaria una discusión? ¿Por qué sí o por qué no? Y los votos y otras instituciones democráticas, ¿también lo son? ¿Y la guerra de Irak? Podrá decirse que en este último caso sí interviene una discusión sobre la utilización común de recursos (económicos, humanos, políticos). No obstante, a lo que esta afirmación conduce es a reducir lo público a ese extremo, dejando afuera no sólo a las celebridades sino también a la instancia más “clásica” de la vida cívica: el acto de votar. Que es precisamente adonde apuntan los investigadores. Acaso por eso mismo es que no se detienen a registrar, pese a sus auto-advertencias, si la predefinición de lo público planteada con antelación necesitaría ser revisada a la luz de las definiciones nativas.

De este modo, se obturan los interrogantes inaugurales de la investigación, y algunos tópicos que algunos diaristas mencionan como significativos en su conexión con lo público son restados antes que sumados. El problema radica en la predefinición a la que los investigadores quedan amarrados con antelación, antes que en el dato, lo cual debería alentar a una revisión crítica de esa predefinición y no a la expulsión de lo hallado

(Becker, 2009). Por ejemplo, afirman que “sería un error ignorar que para algunos diaristas los medios proveen un sentido de conexión colectiva que no es ‘pública’ en el sentido de referir a tópicos compartidos sobre recursos que necesitan resolución. Muchas veces es la música la que provee ese espacio” (Couldry, 2006:333). La importancia de la música es de este modo analíticamente retirada de la conexión con lo público, lo que no sólo resulta una traición a la postulación de observar de qué está hecho lo público *para los propios actores*, sino que también refuerza un presupuesto epistemológico que ubica a la cultura popular en una condición de exterioridad respecto de lo político.

Nuevamente, si Couldry y sus colaboradores hubieran sido fieles a sus revisiones teóricas sobre la política de las voces, habría sido necesario plantear los modos en que estos tópicos (que no serían públicos según esta perspectiva) quedan fuera del rango del reconocimiento social. Si la democracia, como afirman, encuentra uno de sus sostenes en los dispositivos que aseguran el derecho a hablar, intrínsecamente ligado al derecho a ser reconocido, ¿por qué se les niega a priori el reconocimiento a quienes asumen su conexión con lo público a través de la música, por ejemplo, o el deporte, o las vidas de las celebridades? ¿No resulta contradictorio?

Justamente, esta complejidad no saldada tensiona de hecho el núcleo mismo de la investigación que, al intentar reconstruir los elementos que los consumidores de medios identifican como relevantes para su conexión con lo público, regresa tercamente en forma de tópicos clasificables como contrastivos. Entonces, la propia predefinición de “lo público” enmascara la verdadera pregunta detrás de tantos devaneos por encontrar conexiones (o desconexiones) entre consumidores y medios. Porque justamente allí, en esa predefinición, se oculta una dicotomía que ha permeado siglos de ordenamiento simbólico y social, que se traduce, en el sentido común, en la división entre temas ‘serios’ (precisamente, la política y ‘lo público’) y temas ‘banales’ (la moda, la música, la vida de las celebridades, la salud), y que en tanto dicotomía fundamental del orden social patriarcal y dominocéntrico ha sido tomada y puesta en circulación, como ya se dijo, por las instituciones que garantizan ese orden, entre ellas, por ejemplo, nada más y nada menos que los medios, soporte sobre el cual trabaja la investigación hasta aquí reseñada.

En ese sentido, un dato interesante que surge de la investigación es que los diaristas indicaron su cansancio

en relación con ambos tipos de noticias discriminadas a priori (las negociaciones en torno al retiro de las tropas de Irak, y el affaire de Beckham); señalaron en sus diarios la necesidad de “escapar” de ellas. Por lo tanto, si la conexión con lo público, según la predefinición dada, divide algo que sería político de algo que sería no-político, la desconexión abarca a ambas dimensiones por igual y no descansa en los tópicos en sí sino en los mecanismos de saturación mediática. En cierto sentido, los consumidores no parecen obedecer a las taxonomías preestablecidas por los investigadores y, entonces, acaso se trate de la imposibilidad de observar más de cerca a los sujetos, en lugar de prestar tanta atención al dispositivo teórico.

Finalmente, y más allá de estas críticas, los resultados del *survey*, que toman como control, les permiten clasificar a los consumidores según los tópicos que mantienen actualizados y con los que se sienten conectados. Es desde ahí desde donde componen grupos por afinidades temáticas, señalando que el grupo de las celebridades (*celebrity cluster*) está mayoritariamente compuesto por jóvenes menores de 32 años, más mujeres que varones, con escasa participación en el acto de votar y poco dispuestos a movilizarse o involucrarse en acciones alrededor de problemas sociales. Advierten, no sin lamentos, que aquellos que siguen a la cultura de las celebridades son los menos ligados a lo que entienden por “lo público”; o dicho de otro modo, aun cuando la cultura de las celebridades es un punto importante de conexión social provista por los medios está desvinculada, en fin, de los que serían los asuntos públicos. Y aunque cautelosos a la hora de valorar a la cultura de las celebridades como ‘mala’, los autores se preguntan si estos resultados no desafían las ideas acerca de cómo la cultura popular<sup>16</sup> contribuye efectivamente al desarrollo de la conexión con lo público y, más aún, si puede proveer o no herramientas para las prácticas democráticas.

En una sociedad donde el voto no es obligatorio, la –forzada– conclusión a la que llegan es, al menos, preocupante. Pero resulta, así, falsamente crítica.

### Descolonizar el saber y el vínculo

Dice Ileana Rodríguez que un trabajo teórico de desmontaje de las relaciones de subalternidad “se dedica a examinar la articulación de las lógicas de la hegemonía” (2009:257). Si me detuve en presentar la “disección”





meta-analítica de estos trabajos es porque esta indagación me condujo a otras reflexiones ligadas con el desmonte de una red de saber-poder que encuadra a los estudios en comunicación locales. Los estudios culturales han sido fuente de inspiración de los estudios en comunicación y cultura en la región, y de alguna manera o de otra con ellos han dialogado: ya sea en complicidad teórica o en disconformidad, con intentos de ruptura o con voluntad continuista, el horizonte del diálogo ha estado orientado hacia ese cuadrante. ¿En qué medida los desarrollos locales están aún atrapados por un vínculo colonial (real o imaginado) que prescribe que los desarrollos de los estudios culturales británicos son el canon a seguir? Si en los 80 Hall o Williams cartografiaron la escena, durante unas décadas algunos de sus continuadores siguieron encontrando eco en el ámbito local. Paralelamente, y por fortuna, el mercado editorial se ha volcado a publicar producciones regionales contribuyendo a la circulación local. Actualmente, sin embargo, poco o nada ha sido traducido y lanzado editorialmente en los últimos años sobre los desarrollos concretos de los estudios en comunicación británicos, de modo que es escaso el conocimiento efectivo y concreto. ¿Qué conocimiento de primera mano se tiene del campo contemporáneo de investigación en los que son considerados “centros” de producción académica, y sobre los que durante décadas han pivotado las reflexiones locales? Hasta cierto punto, y aun cuando se intenta superar estos amarres, estos estudios siguen gozando de respeto académico y parece difícil desmarcarse de los mandatos de origen.

Por su lado, el campo académico británico se ha convertido en un ámbito extremadamente endogámico. Acaso siempre lo fue, pero actualmente parecería que ciertas fuerzas endógenas y exógenas de la combinación campo académico-campo editorial-campo lingüístico lo hacen más y más aún. Y no es sólo que el campo de interlocución esté restringido a hablantes de inglés, o que los debates y estados de la cuestión raramente incorporan autores o líneas teóricas provenientes de otras zonas del mundo, sino que las propias dinámicas del campo fueron cerrando los límites de esa interlocución.<sup>17</sup> En ese sentido, y si se me permite una colocación más informal, que alguien preocupado por el “reconocimiento social de las voces”, como Couldry, sea “sordo” en su propio dominio profesional y académico a, precisamente, otras voces, no hace más que confirmar que es en la misma práctica analítica donde se articulan

y se desarticulan las redes de poder-saber: el desmonte de esa articulación permite dar cuenta de la lógica de la relación de subalternidad.

Por otro lado, las investigaciones sobre cultura, generosamente financiadas, están cada vez más sostenidas en criterios de indagación diseñados por los organismos proveedores de financiamiento, que están configurando un desarrollo académico cada vez menos independiente. Así, por ejemplo, en las consideraciones para otorgar subsidios de investigación, se está incorporando la necesidad de que los grupos presenten casos de estudio acerca del ‘impacto’ de la investigación (Schlesinger, 2013).<sup>18</sup> Precisamente, Schlesinger postula que lo que se está poniendo en tensión actualmente en el sistema británico de investigación académica, son distintos modelos de integración del ‘experto’ en las políticas de gobierno: uno que provee trabajo intelectual autónomo y que requiere tramitar conjuntamente con los gobernantes los resultados de su trabajo; y otro motorizado por la necesidad y las demandas, que intercambia su saber según los requerimientos externos en términos casi instrumentales.<sup>19</sup>

Conocer las dinámicas específicas de los campos apunta contundentemente a repensar la necesidad de descolonizar el vínculo. Y, asimismo, hay cuestiones intrínsecas a la manera de enfocar los análisis que señalan la necesidad de descolonizar el saber. Porque a pesar de las promesas de sus aportes teóricos (especialmente relevantes, a mi juicio, en lo que refiere a la dinámica de dar la voz-escuchar la voz), el trabajo de Couldry se relevó sumamente endeble en el abordaje empírico. La onerosa investigación llevada a cabo por estos investigadores provee unos resultados atravesados por una perspectiva etnocéntrica, sesgada y hasta arrogante, que hace que la reconstrucción analítica presentada se encuentre no sólo muy lejos de las expectativas previstas sino, más críticamente, absolutamente divorciada de la perspectiva de los actores que la propia investigación afirmaba pretender relevar. Si se reconoce la importancia de pensar los modos en que lo público conecta con la vida cotidiana de las personas comunes (asumiendo para el caso que en esa conexión con lo público los medios ocupan un lugar central), el análisis debería honrar la perspectiva de esas personas comunes. Especialmente cuando se postula que una de las deudas de la democracia contemporánea es el reconocimiento social y político de las múltiples “voces” que deberían articularse dialógicamente. ¿Por qué no reconstruir las

experiencias de “los comunes”? ¿Es porque caen por “fuera” de las predefiniciones del analista?

Muchas investigaciones locales, si bien algo despararramadas, han ido encontrando caminos alternativos a la urdimbre de poder-saber colonizado; y actualmente se están produciendo interesantísimos intentos de construir redes que las pongan en relación. En ese trayecto, se intenta armar lenguajes en común junto con el progresivo reconocimiento de umbrales de investigación, de anaques de conocimiento propio. En estos grupos se debaten no sólo líneas analíticas sino posturas y definiciones epistemológicas que desafían precisamente aquello que en la investigación de Couldry queda en evidencia: la arrogancia de establecer un punto de vista único, central y “objetivo”. Esto equivale a decir que en estas investigaciones no se toman las predefiniciones como definitivas, únicas y absolutas, sino que, en todo caso, se las toma como lo que son: predefiniciones que “nos ayudan a andar”, como plantearía Becker, pero sabiendo que será necesario relativizarlas a la luz de los hallazgos y las reconstrucciones de sentidos producidos en diálogo con las definiciones nativas (de lo público, de lo político, del reconocimiento o de cualquier otra categoría que se presente como problemática analíticamente).

La sucinta revisión de una investigación británica reciente debería servir(nos) entonces de aliento para desembarazarnos del poder que aún puede estar pesando sobre las producciones locales históricamente pendientes del saber colonial. Y no se trata de una postura “beligerante”, ni de un gesto “militante”, sino de algo mucho más simple: ¿qué tienen ya para decirnos? ¿Qué aportan esas perspectivas a las complejidades locales? Y viceversa: ¿qué “escuchan” de las investigaciones regionales sobre comunicación y cultura? ¿Qué reconocen? En el marco de estos interrogantes, lo que surge como evidencia es que los estudios en comunicación y cultura en la región no sólo poseen un desarrollo de altísima calidad, sino que proveen resultados mucho más apropiados para pensar las complejidades de la relación entre lo público, los medios, la vida cotidiana, y las prácticas ciudadanas (de reconocimiento, de obtención de derechos, de movilización por la administración justa de los recursos, etc.), que los “hallazgos” del propio Couldry y su equipo.

En este camino, muchísimas investigaciones que ponen en foco la relación entre la vida cotidiana, los medios y el mundo de lo público han estado produciendo saber. En Argentina, por ejemplo, que es el campo sobre el que tengo mayor información, estos trabajos

permitieron abrir puentes para poder reconstruir empíricamente los vínculos que establecen distintos sujetos con los productos del mercado de la cultura (Garriga Zucal y Salerno, 2008; Silba y Spataro, 2008; Spataro, 2006; 2007), y pensar, por ejemplo, la construcción de subjetividades de mujeres que consumen música romántica, corriéndose de la habitual concepción dicotómica letrada que las ubica en posiciones de consumo degradado para comenzar a ver los significados que esos consumos aportan a las prácticas concretas de subjetivación (Spataro, 2011). Habilitaron la producción de líneas analíticas donde observar las heterogeneidades identitarias ocultas tras los rótulos homogeneizantes de los medios sobre, por ejemplo, los grupos que reclaman por sus derechos sexuales y de género en prácticas públicas (Settanni, 2012). Posibilitaron la reconstrucción empírica de modos diversos encontrados por algunos ciudadanos de integrarse en la peculiar matriz nacional que, en Argentina, construye hegemónicamente un ‘nosotros’ nacional que excluye a sus ‘otros’ internos y expulsa a sus ‘otros’ regionales (Caggiano, 2007; Grimson, 1999; Halpern, 2009; Vázquez, 2010). Proporcionaron miradas novedosas para pensar la relación entre las imágenes mediáticas sobre mujeres jóvenes pobres y sus respuestas concretas a esas cristalizaciones identitarias (Elizalde, 2005; 2009 y e/p), o entre representaciones mediáticas y prácticas de organización política para el caso de las prostitutas (Justo von Lurzer, 2010).

De modo que acaso no se trate entonces de escasez de trabajos sobre el tema, sino de la necesidad de reubicarlos en un mismo anaquel, de agruparlos bajo un lenguaje común, de encontrar lazos y niveles de abstracción que habiliten construir una teoría posible, un saber local. Y en ese camino, descolonizar los vínculos y descolonizar el saber. Todos los trabajos mencionados tienen algo que decir respecto de cierta “conexión con lo público” y también con lo político. A la vez, todos los trabajos ponen en tensión las concepciones de los propios investigadores sobre estas categorías, como también las del sentido común tramitado por los medios sobre los sujetos subalternos representados. Eso los hace muy interesantes, especialmente porque se atreven a pensar los modos concretos en que los sujetos intervienen en la constitución de la vida social.

Sólo nos resta ponernos a dialogar.

## Notas

- <sup>1</sup>No obstante, si bien persiste el interés, de algún modo, por responder a esa pregunta, lo que se ha modificado son los marcos para su formulación: si, por ejemplo, en la década de los 80 se produjo un significativo desplazamiento en los estudios de comunicación desde el concepto de recepción hacia el de consumo, actualmente el foco está puesto sobre la experiencia social (Martín-Barbero, 2006).
- <sup>2</sup>No es mi pretensión en este artículo ignorar los desarrollos en el campo sobre medios y sectores populares, entre los cuales destaco los aportes de Winocur (especialmente 2002 y 2009), así como los trabajos sobre comunicación popular realizados por Mata (2011). Sí lo es señalar la general escasez de investigaciones dedicadas a dar cuenta de los modos específicos en que se trama la relación entre medios, ciudadanía y consumos.
- <sup>3</sup>Se trata de la beca Thalmann 2010 obtenida a través de la Universidad de Buenos Aires, que cumplimenté entre los meses de setiembre y octubre de 2012. Agradezco al Dr. Philip Schlesinger, y en su nombre a todo el *staff* del Centre for Cultural Policy Research (CCPR), por su atención, compromiso y calidez.
- <sup>4</sup>Nick Couldry, un autor que por cuestiones de políticas editoriales mercantilistas es poco conocido en la región, en alguna medida ha recogido la herencia de Roger Silverstone, fallecido tempranamente hace pocos años. Profesor de Media and Communications en el Instituto Goldsmiths de la Universidad de Londres, Couldry investiga en las siguientes áreas: rituales mediáticos y aproximaciones antropológicas sobre los medios; *reality show*, celebridades y fama; medios y democracia; medios comunitarios y alternativos; ética de los medios; teoría social y cultural; metodología e historia de los estudios culturales.
- <sup>5</sup>Justamente, basándose en los planteos de Silverstone (1996, 2004, 2011), de quien de algún modo se postula continuador, Couldry hace foco en esa relación injusta e increíblemente poco explorada entre los medios, la vida cotidiana y la democracia, poniendo el acento en el punto de articulación antes que en alguna de las tres dimensiones por separado.
- <sup>6</sup>Recupera y expande este andamiaje conceptual sobre la política de las voces en Couldry (2010).
- <sup>7</sup>Este trabajo de Hall fue traducido y publicado como Hall, S. (2010), “¿Qué es lo ‘negro’ en la cultura popular negra?” en Restrepo, Vich y Walsh.
- <sup>8</sup>Todas las citas textuales son mi traducción.
- <sup>9</sup>‘Mediación’ ha tenido múltiples usos en educación y psicología para referirse al rol de los procesos de comunicación en la producción de significado; asimismo, en los primeros desarrollos de la sociología el término mediación aludía a cualquier proceso de intermediación como la moneda o el transporte.
- <sup>10</sup>No obstante, profundizando en la perspectiva de Silverstone, se advierte que presenta, al menos, dos dificultades. Por un lado, la preeminencia –como surge de la cita precedente– que le otorga a los significados que “tienen su fuente o foco” en los textos mediáticos, por sobre aquellos que se procesan en las experiencias no-mediáticas. Pareciera que el “viaje” se iniciara en los medios, y desde allí los significados quedarán disponibles para su interpretación, replicando en parte, los modelos binómicos de las prácticas de lectura (un texto, un lector). Por el otro lado, la ausencia de discriminación entre las “actividades” de los productores y las de los consumidores implica ignorar las obvias diferencias existentes entre ambas posiciones, relacionadas con la legitimidad, los recursos disponibles, la representatividad o el alcance, entre otros factores. Se olvida así la cuestión fundamental del diferencial de poder que cada posición conlleva. Para ampliar ver Rodríguez (e/p).
- <sup>11</sup>Se trata del proyecto “Media Consumption and the Future of Public Connection” llevado a cabo por Nick Couldry, Sonia Livingstone y Tim Markham entre 2003 y 2006, con sede en la London School of Economics del Reino Unido.
- <sup>12</sup>Según Couldry (2006), el modelo multidimensional de “cultura cívica” es un constructo analítico antes que normativo o prescriptivo, que Dahlgren operativiza en un circuito que involucra seis procesos interdependientes: valores, afinidades, conocimiento, prácticas, identidades y debates. Su objetivo es captar los atributos del mundo socio-cultural –disposiciones, prácticas, procesos– para identificar con mayor detalle los grados posibles en que las personas pueden actuar en su rol de ciudadanos. En este sentido, el modelo de Dahlgren de “cultura cívica” prometería poder discernir las precondiciones que hacen a la efectiva participación de las personas en la esfera pública. Para ampliar ver Dahlgren (2003).
- <sup>13</sup>Inclusive sobrevuela un sentimiento (no explicitado de este modo) de lamento, en el sentido de que parecería que la contemporaneidad de los hechos políticos con el affaire Beckham es una suerte de variable incontrolable, que de algún modo vino a “complicar” el caso de estudio. Por supuesto esto no es más que una interpretación mía.
- <sup>14</sup>Por “cultura de las celebridades” entienden a aquellas narrativas que detallan las vidas privadas de personas famosas, sus luchas por la identidad sexual, sus casamientos, embarazos, romances, etc., en ámbitos públicos. Señalan además la fuerte presencia en el campo académico británico de debates actuales entre quienes advierten la existencia de un declive de la política como fuerza transformadora, independientemente de la creciente proliferación de cobertura mediática de las celebridades, y quienes consideran que esta proliferación es en verdad un indicio de que la propia política está siendo renovada y democratizada por la cultura popular. Para ampliar sobre este debate ver Couldry y Markham (2007).
- <sup>15</sup>De hecho, en un trabajo anterior ni siquiera se menciona la posibilidad de tomar en cuenta la perspectiva de los sujetos

(Couldry, 2006). No podría asegurarlo, obviamente, pero la sensación es que luego de haber recibido críticas por la imputación analítica respecto de la definición de “lo público” hecha en 2006, introdujo esas consideraciones acerca de observar los modos en que los propios sujetos (*they*, resaltado con itálicas) construyeran las conexiones con lo público, incluida la propia delimitación de “lo público”.

<sup>16</sup> Cultura popular entendida, en el paradigma de los estudios culturales británicos, como una relación compleja pero constitutiva entre la cultura ‘de’ los sectores populares y la cultura masiva. Para ampliar ver Hall (1984).

<sup>17</sup> No quiero extenderme en afirmaciones sobre un tema del que apenas he visto la punta del iceberg y que, sospecho, es mucho más vasto. No obstante, lo que cualquier ojo alerta puede observar respecto de esta particular red académica, es que, por un lado, en el afán de publicar para ser evaluado, y de ser evaluado para conseguir subsidios, y de conseguir subsidios para hacer investigaciones y de publicarlas para ser evaluado, y así sucesivamente, las editoriales produjeron una proliferación de *journals* que parecen atomizarse en especificidades académicas cada vez más y más especializadas. Los investigadores publican antes del año de terminada su investigación en, nuevamente, libros que es imposible de seguir, salvo en una dedicación obsesiva que termina resultando en anteojeras académicas. Además, la obsolescencia de estos productos editoriales es cada vez menor, con lo cual, por ejemplo, libros de dos años de vida son inconseguibles en las librerías y sólo se adquieren vía empresas de venta *online*, las que por otra parte no siempre hacen entregas a países alejados de los centros de distribución. En fin, que en esta clave, los documentos que produce el campo se han ido convirtiendo casi en conversaciones centrífugas, donde sólo se hablan entre ellos.

<sup>18</sup> ‘Impacto’ es definido como “un efecto, o cambio, o beneficio en la economía, la sociedad, la cultura, las políticas y/o servicios públicos, salud, medio ambiente o calidad de vida, *más allá de la academia*” (énfasis del autor). Citado por Schlesinger (2013) como ref. 2014, 2011:48.

<sup>19</sup> Irónicamente, Schlesinger señala que estos nuevos requerimientos comienzan a tener consecuencias interesantes, como la aparición de nuevos cuadros que encuentran empleo como “retóricos del impacto” (2013:33).

## Referencias

- Becker, Howard (2009) *Trucos del oficio: cómo conducir una investigación en Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Caggiano, Sergio (2007) “La mirada racializada. Re-visión de un álbum de fotos de la historia argentina” en *Cadernos de Antropología e Imagen*, vol. 24, no. 1, Río de Janeiro, PPCIS/ NAI/UERJ.
- Couldry, Nick (2006) “Culture and citizenship: the missing link?” en *European Journal of Cultural Studies*, vol. 9, no. 3, SAGE.
- (2008) “Mediatization or mediation? Alternative understandings of the emergent space of digital storytelling” en *New Media & Society*, vol. 10, no. 3, Los Ángeles, SAGE.
- (2009) “Rethinking the politics of voice” en *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, vol. 23, no. 4, Routledge.
- (2010) *Why voice matters: culture and politics after neoliberalism*, Londres, SAGE.
- y Tim Markham (2007) “Celebrity culture and public connection: bridge or chasm?” en *International Journal of Cultural Studies*, vol. 10, no. 4, Los Ángeles, SAGE.
- Dahlgren, Peter (2003) “Reconfiguring civic culture in the new media milieu” en Corner, John y Dick Pels (eds.), *Media and the Restyling of Politics*, Londres, SAGE.
- Elizalde, Silvia (2005) “La otra mitad. Retóricas de la ‘peligrosidad’ juvenil. Un análisis desde el género”, tesis de Doctorado en Antropología, FFyL-UBA (edición revisada bajo el título *La otra mitad. Género y pobreza en la experiencia de mujeres jóvenes*, La Plata, Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios UNLP, en prensa).
- (2009) “Políticas del deseo y chicas con voz propia. Experiencias juveniles en torno al género y la sexualidad” en *La Ventana*, vol. iv, no. 30, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Garriga, José y Daniel Salerno (2008) “Estadios, hinchas y rockeros: variaciones sobre el *aguante*” en Alabarces, Pablo y Ma. Graciela Rodríguez (comps.), *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós.
- Grimson, Alejandro (1999) *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

- Hall, Stuart (1984) “Notas sobre la deconstrucción de lo popular” en Samuels, Ralph (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- (1992) “What is this ‘black’ in black popular culture?” en Dent, Gina (ed.), *Black popular culture: a project by Michele Wallace*, Seattle, Bay Press.
- Halpern, Gerardo (2009) *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- Justo von Lurzer, Carolina (2010) “La prostitución en escena. Narrativas televisivas en primera persona”, tesis de Maestría en Comunicación y Cultura, FCS-UBA, inédita.
- Lazarsfeld, Paul y Robert Merton (1969 [1948]) “Mass communication, popular taste, and organised social action” en Schramm, Wilbur (ed.), *Mass communications*, Urbana, University of Illinois Press.
- Martín-Barbero, Jesús (2006) “Recepción de medios y consumo cultural: travesías” en Sunkel, Guillermo (comp.), *El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Mata, Ma. Cristina (2011) “Comunicación popular: continuidades, transformaciones y desafíos” en *Oficios Terrestres*, vol. 26, no. 26, Argentina, FPyC-UNLP.
- Restrepo, Eduardo, Vich, Víctor y Catherine Walsh (eds.) (2010) *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán, Lima, Bogotá, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Instituto de Estudios Peruanos/ Envión Editores.
- Rodríguez, Ileana (2009) “Subalternismo” en Szurmuk, Mónica y Robert McKee Irwin (coords.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- Rodríguez, Ma. Graciela (e/p) *Montunos. Variaciones recursivas sobre la sociedad, la cultura y el poder*, Buenos Aires, UNSAM-Edita.
- Schlesinger, Philip (2013) “Expertise, the academy and the governance of cultural policy” en *Media, Culture & Society*, vol. 35, no. 1, SAGE.
- Schmucler, Héctor (1997) *Memoria de la comunicación*, Buenos Aires, Biblos.
- Settanni, Sebastián (2012) “Sexualidades politizadas y medios de comunicación. La Marcha del Orgullo LGBT de Buenos Aires” en *Avatares de la Comunicación y la Cultura*, no. 5, Argentina, FCS-UBA.
- Silba, Malvina y Carolina Spataro (2008) “Cumbia Nena. Jóvenes bailanteras: entre las líricas, los relatos y el baile” en Alabarces, Pablo y Ma. Graciela Rodríguez (comps.), *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en La Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Paidós.
- Silverstone, Roger (1996) *Televisión y vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2002) “Complicity and collusion in the mediation of everyday life” en *New Literary History*, vol. 33, no. 4, The Johns Hopkins University Press.
- (2004) *¿Por qué estudiar los medios?*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2011) *La moral de los medios de comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Spataro, Carolina (2006) “Pasión de sábado: del discurso violento y falocéntrico al romántico y decente”, Seminario Internacional Fazendo Gênero 7. Gênero e Preconceitos, Florianópolis, 28 al 30 de agosto, Universidad Federal de Santa Catarina.
- (2007) “La cumbia villera se zarpa’: estigma, rechazo y negociación en torno a un consumo musical”, VI Biental Iberoamericana de Comunicación, Córdoba, 26 al 28 de septiembre, Escuela de Ciencias de la Información-UNC.
- (2011) “Conversaciones con una fan: modelos de feminidad y masculinidad en la música de Arjona” en Elizalde, Silvia (comp.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*, Buenos Aires, Biblos.
- Vázquez, Mauro (2010) “El olor, la villa y la cultura. Representaciones inmigrantes regionales en La Argentina”, tesis de Maestría en Comunicación y Cultura, FCS-UBA, inédita.
- Winocur, Rosalía (2002) *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*, Barcelona, Gedisa.
- (2009) *Robinson Crusoe ya tiene celular*, México, Siglo XXI.